



# Adicciones: la compulsión y el placer negativo

## Addictions: compulsion and non-pleasure

Fátima Alemán

Lic. en psicología. Psicoanalista, miembro de la Asociación de la Psicoanálisis de La Plata (APLP), miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

E-mail: fataleman@gmail.com

### Resumen:

El siguiente texto trata sobre la relación que conviene establecer entre la presentación actual de las adicciones y su relación con una época dominada por el imperativo al consumo y la caída de los ideales. También se analiza el valor del término “compulsión” definido por Freud a lo largo de su obra, y el carácter de “placer negativo” que adquiere el mismo a la luz de la Filosofía.

Palabras clave: Adicciones - Compulsión - Placer negativo

### Abstract

*This text deals with the relationship between patterns of addictions and the era of consumption and fallen ideals. Moreover, the meaning of the term compulsion defined by Freud throughout his work and its non-pleasure nature interpreted from a philosophical perspective are analyzed.*

*Key words: Addictions – Compulsion - Non-pleasure*

A partir de un diagnóstico de la época actual podemos decir que las nuevas presentaciones clínicas se encuentran marcadas o bien por la presencia de una angustia desbordada y sin sentido, o bien por conductas sintomáticas que involucran al par inhibición/compulsión y que no conllevan una pregunta dirigida al Otro.

Sobre el análisis de la época, Enrique Acuña lo decía muy bien en su curso anual del año 2013, retomando la pregunta lacaniana “¿cómo vive la época la pulsión?”(1). Justamente es Jacques Lacan quien afirma en *Televisión*: “el sujeto es feliz”. ¿Cómo? Lacan piensa que el sujeto es feliz a nivel de la pulsión. De modo contrario al deseo, la pulsión no está articulada a una defensa. Según J.-A. Miller esto es todo un axioma: la pulsión siempre se satisface, “de forma directa, indirectamente, de manera económica, dolorosa o agradable”. Esta tesis corresponde a la salida de la época disciplinaria, organizada a partir del interdicto y de la transgresión, la época descrita por Freud en “El malestar en la cultura” donde la cultura se presenta como agente de la renuncia a la satisfacción pulsional. En la época actual sólo hay arreglos, modos de goce; no hay más un exterior que oficie como límite para la pulsión.

Por eso Miller retoma en su conferencia en Comandantubá titulada “Una fantasía” (publicada en *Punto cenit. Política, religión y el psicoanálisis*, 2012) la sentencia lacaniana de *Radiofonía*:

“Pronto todo el mundo lo será (lacaniano), mi audiencia es su pródromo, por consiguiente los psicoanalistas también. Bastaría el ascenso al cenit social del objeto llamado por mí a minúscula, por el efecto de angustia que provoca el vaciamiento a partir del cual nuestro discurso lo produce, al fallar su producción.”(2) Allí Lacan anticipa lo que hoy podemos llamar “la época adictiva”, en el sentido de la adicción al objeto técnico en el lugar de los ideales identificatorios. Eric Laurent también lo presenta en una entrevista del 2008 en los siguientes términos: “Nuestra época es la de la producción generalizada, en la que debemos ser jefes de nosotros mismos y maximizar todo. Es lo que en nuestro mundo puede conducir a la adicción generalizada, ya sea adicción al trabajo, al deporte o bien a sustancias.”(3)

Por eso, en relación a los consumos de época, viene bien revisar el concepto freudiano de “compulsión”, primero asociado a la neurosis obsesiva (tal como aparece en el historial del Hombre de las ratas) y luego reubicado en relación a la repetición. El término “compulsión de repetición” aparece mencionado por primera vez en los escritos relacionados con la técnica analítica, es decir, asociado a la transferencia. Dice Freud: “Si nos atenemos al signo distintivo de esta técnica respecto del tipo anterior, podemos decir que el analizado no recuerda en general nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa; lo repite sin saber, des-



de luego, que lo hace. (...) Durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición; uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar.”(4) Es decir, la transferencia es para Freud una pieza de repetición y a su vez la repetición es la transferencia del pasado olvidado. Sin embargo, el sentido exacto que tendrá la compulsión de repetición será otorgado por Freud cuando la ligue a la pulsión de muerte, tal como lo hace en el texto “Lo ominoso” refiriéndose a “la naturaleza íntima de las pulsiones”, pues “tiene suficiente poder para doblar el principio del placer”(5) y convertirse en un principio demoníaco. Será luego en “Más allá del principio del placer”, adoptando el punto de vista económico, donde Freud dará de baja el principio del placer/displacer como regulador de los procesos anímicos ya que los sueños de las neurosis traumáticas le demuestran que el “esfuerzo de procesar psíquicamente algo impresionante” obedece a que “la repetición se conecta a una ganancia de placer de otra índole pero directa.”(6) El placer ya no es para Freud una reducción de la cantidad de excitación sino un tratamiento paradjico del sufrimiento.

En tal sentido, viene bien recurrir a una referencia del campo de la Filosofía como Giulia Sissa, quien en su libro *El placer y el mal. Filosofía de la droga* (7) trabaja el concepto del placer en el cruce complejo entre la filosofía, el psicoanálisis y la neurofarmacología. Su punto de partida consiste en tomar como paradigma del uso del placer en las toxicomanías, las cuales ponen en primer plano la definición del placer como “placer negativo”, es decir, el placer entendido como ausencia de malestar o sufrimiento. Dice la autora: “Defino la toxicomanía como una práctica que pone en funcionamiento la potencia del deseo que se ha vuelto insaciable y cada vez más devorador, hasta tal punto que la satisfacción nunca definitiva -índice de un placer plural, móvil y renovable- se transforma aquí en tolerancia y en dependencia: fijación en productos de los que ya no se puede prescindir para no sufrir demasiado”. Tomando ejemplos de la literatura confesional como William Burroughs o Thomas de Quincey, la autora demuestra el pasaje del placer positivo (el que se

crea verdadero) al placer negativo como tratamiento del dolor. En el caso del *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821) escrito por de Quincey, se ve claramente el pasaje de los “placeres del opio”, donde el control del consumo se incluye en un bienestar saludable, a “los dolores del opio”, donde el consumo se vuelve un hábito incontrolable y aparecen los signos de un padecimiento físico y mental (alucinaciones, delirio, etc.). Sin embargo, la vuelta interesante que realiza la autora es comparar dichas experiencias volcadas a la literatura con los desarrollos de la Filosofía antigua: Platón y su recurso a la *aplestia* como modelo de placer insaciable, o Epicuro y su dogma de la *a-taraxía*, el “no sufrir demasiado” como forma de encontrar el bien.

El elogio de la referencia tiene su límite y este se encuentra en la conexión nada ingenua del descubrimiento freudiano de los efectos de la cocaína con los avances de la neurofarmacología en los años 90. En las conclusiones del libro, encontramos el contexto de la reedición en los EEUU de los escritos freudianos sobre la cocaína realizado por psiquiatra Robert Byck, quien ubica a Freud como el pionero de los hallazgos científicos modernos, esto es, la salida al mercado del Prozac. Como dice María Moreno “toda la intención de Byck es política: defender las virtudes de la psiquiatría biológica moderna apropiándose al mismo tiempo del padre de sus adversarios: los psicoanalistas.”(8) Las conclusiones de Sissa van en el mismo sentido: “El célebre Prozac podría ser la cocaína ideal, la que Freud creía haber descubierto, antes de verificar su potencia adictiva”. Ideal es para la autora definir al Prozac como la droga que no genera dependencia (sic) y permite el encuentro con el placer positivo; por lo tanto, es bienvenido el pasaje de la terapia por la palabra a la terapia química.

Sabemos que nada más lejos del deseo de Freud: el placer negativo es lo que nos guía en el tratamiento por la palabra que permite hacer de la compulsión un síntoma analítico, es decir un síntoma que dirigido al analista tiene la chance de encontrar un sentido a la causa vacía del deseo inconsciente.

---

---

#### Notas

(1)Acuña, Enrique: “Las bodas con la pulsión”, *Microscopía* n° 120, Marzo 2013.

(2)Lacan, Jacques: *Psicoanálisis*. Radiofonía & Televisión, Anagrama, 1977.

(3)Laurent, Eric: *El goce sin rostro*, Tres Haches, 2010.

(4)Freud, Sigmund: *Obras Completas*, Tomo XII, Amorrortu, 2001.

(5)Freud, S.: *Obras Completas*, Tomo XVII, Amorrortu, 1988.

(6)Freud, S.: *Obras Completas*, Tomo XVIII, Amorrortu, 1995.

(7)Sissa, Giulia.: *El placer y el mal. Filosofía de la droga*, Manantial, 1998.

(8)Moreno, María: *Revista Radar*, Página 12, “Maldita cocaína”, 2/4/2000.

